

luminosa en la relación entre Dios y la persona humana, que dando y aceptando, en definitiva apela a la aceptación divina.

Genara Castillo
 Universidad de Piura
 gcastill@udep.edu.pe

Jorge Mario Posada. *La intencionalidad del inteligir como iluminación.*

Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, nº 198, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2007.

Si hacemos un recorrido a través de la historia del pensamiento siguiendo la senda de la vertiente gnoseológica, en seguida nos daremos cuenta de que, desde esta perspectiva, la filosofía se presenta como una disciplina problemática, cosa que no la favorece demasiado. Esto, desde luego, no es una novedad: ya a finales del siglo XVIII Immanuel Kant atinó a ponerlo de manifiesto, y desde entonces, se han formulado diversas propuestas para situar a la filosofía en el “camino seguro de la ciencia” (Prólogo de la 2ª edición de la *Crítica de la razón pura*).

No es este el lugar apropiado para realizar una síntesis, aún breve, de tales propuestas, ni de retrotraernos a los orígenes del pensamiento para un mejor entendimiento del estado de la cuestión. Pero no podemos dejar de advertir que difícilmente es posible hacerse cargo de las dimensiones de la propuesta poliana si no las situamos en el contexto filosófico adecuado. Baste con decir que dicha propuesta, considerada como una vía para desproblematizar la filosofía, hunde sus raíces en los aportes de la filosofía clásica y en la recepción creativa de este legado por parte de la escolástica medieval —con mención especial para el Aquinate—, con el fin de darles una continuidad en la que, sin embargo, el pensamiento de la época Moderna no queda como un episodio que simplemente deba ser olvidado.

En este sentido, las tesis de Leonardo Polo se pueden resumir de la siguiente manera:

1. La filosofía nunca está terminada y, por tanto, siempre se presta a una continuación.
2. La filosofía moderna, sin embargo, se resiste a ser continuada, ya que sus principales representantes la confunden con el saber absoluto, a la vez que conciben la sistematicidad como rasgo esencial de ese saber. Pero este

carácter sistemático opera como factor que clausura la continuidad del que-hacer filosófico.

3. Por su parte, la filosofía tradicional se presta a ser continuada. El último descubrimiento importante de dicha filosofía es realizado por Tomás de Aquino (distinción real de *ser* y *esencia*). Sin embargo, debido al peso de la herencia aristotélica y al influjo de Averroes, dicho descubrimiento no logra desplegarse en toda su virtualidad.

4. Por tanto, la continuación de la filosofía implica, simultáneamente: a) superar la clausura del pensamiento moderno, identificando las aporías en él presentes; b) sacar partido a la tesis nuclear del tomismo superando los límites que la condicionan. Para conseguir ambos objetivos es necesario, como premisa, tener en cuenta la *altura histórica*. Leonardo Polo la describe como “el emplazamiento en que uno se encuentra y desde el cual se orienta respecto de los hallazgos filosóficos hallados hasta hoy, a partir del convencimiento de que la filosofía nunca está terminada”. *Antropología trascendental*, 13. Ésta operará en dos sentidos: por un lado, evitará caer en los mismos errores que los pensadores sistemáticos y, por otro, pondrá de manifiesto que no se trata retroceder al siglo XIII, sino de iluminar los aportes históricos de la filosofía para extraer los elementos que nos ayuden a realizar una *correcta* continuación de la misma.

Ahora bien, ¿cuál es la clave que se erige como instancia interpretativa que ayude a cribar dichos aportes y que, a la vez, permita la continuación de la filosofía? Esa clave, como es bien sabido, es el abandono del *límite mental*. En efecto, las aporías de la filosofía surgen como consecuencia de la absolutización del pensamiento, lo que conlleva, entre otras cosas, la creencia de que el *pensamiento* es la última instancia del inteligir humano. Si se acepta esto, cualquier intento de continuar la filosofía con el rigor que exige su carácter científico es vano. La filosofía se toparía una y otra vez con un muro que no es otro que la objetivación propia del pensar, lo que Polo llama el límite mental. De este modo, el acceso al *ser* queda denegado, ya que éste no se presta a la objetivación; se escapa, resbala sobre él, como le gusta decir a Don Leonardo. Siendo así, la filosofía, como saber radical, quedaría frustrada desde el inicio en su intento de alcanzar el objeto de estudio que le es propio. Algunos de los pensadores más importantes del siglo XX, como Heidegger y Wittgenstein, se dieron cuenta del problema que plantea a la filosofía el carácter objetivante del pensamiento, hecho que es claramente identificable en sus respectivos itinerarios intelectuales. Ensayaron vías para escapar de esta encrucijada, pero, al no caer en la cuenta del factor que les condicionaba hasta el punto de poder tematizarlo, no acertaron a seguir

adelante sin sacrificar el rigor del saber metafísico (aunque no por ello sus propuestas dejan de ser sugerentes).

En la propuesta de Polo se recupera, en primer lugar, la intencionalidad del conocimiento nocional a la vez que su carácter inmanente, liberándolo así del carácter transitivo que se le adscribía en la modernidad (sobre todo, a partir de Descartes) y de todas aquellas aporías que se cifran en lo que se da en llamar *representacionismo*. Esta tarea conlleva en Polo la distinción entre *objeto* conocido y *acto* de conocimiento, recayendo la intencionalidad sobre el primero y reconociendo la conmensuración de ambos. Una vez configurada la teoría sobre el conocimiento operacional en términos precisos, estamos en condiciones de entender mejor lo que Polo llama conocimiento no operacional o habitual, que nos abre las puertas al conocimiento del ser. Ello será posible a través del adecuado entendimiento del “axioma de la jerarquía”. La cumbre del conocimiento humano se alcanzará en el reconocimiento del “conocimiento como acto de ser, como *esse hominis*” (*Antropología trascendental*, 24).

La presente obra de Jorge Mario Posada asume la preocupación de los pensadores actuales por “eludir cualquier interpretación tanto especular cuanto representacionista de la intencionalidad cognoscitiva” (p. 7). Se presenta como una *glosa* al planteamiento de Leonardo Polo, por lo que, de antemano, entendemos que lo que trata es de explicitar ciertos puntos del pensamiento de Polo con el fin de formularlos para un mejor entendimiento de lo que significan como respuesta a los propósitos de la filosofía contemporánea. Y lo hará poniendo de manifiesto la condición *luciente* del inteligir humano, el cual, en los niveles inferiores al conocer como *esse hominis*, posee además un carácter *iluminante*.

El estudio atraviesa los distintos niveles del inteligir humano, desde el *conocimiento intencional*, pasando por el *inteligir habitual*, hasta llegar al primario o *radical*. Se centra sobre todo en el primero, al que dedica seis de los ocho capítulos, con el convencimiento de que “para librar el conocimiento intelectual de cualquier representacionismo, que desvirtuaría la libertad y condición espiritual del logro intelectual..., de entrada hace falta reconducir la intencionalidad... a la condición luciente e iluminante del inteligir; Considerando, además, de qué manera se equipara ésta con la luz... correspondiente al ser personal” (p. 14).

Antonio Moya
C/ Alfares, 12, 14.001, Córdoba
amoyagar@alumni.unav.es